

# Editorial

## *La noción de muerte como objeto de investigación de la psicología del desarrollo*

Ramiro Tau [1]

Las ciencias que se ocupan del Hombre han delineado sus objetos de estudio definiendo progresivamente su irreductibilidad a otros campos explicativos. La lingüística, la antropología, la sociología, la psicología, han mostrado que las leyes y procesos que caracterizan los dominios de la lengua, de la cultura, de la sociedad o del psiquismo, no pueden simplificarse y reducirse a los principios postulados a partir de la indagación de objetos naturales. Esto parece ser cierto independientemente de cualquier presupuesto ontológico referido a la naturaleza última de las cosas, ya que, aun en las arenas de los monismos, es factible el reconocimiento de diferentes niveles de fenómenos y, por tanto, de problemas y principios. Hoy las propuestas reduccionistas suelen ser consideradas empobrecimientos teóricos y no soluciones sintéticas tendientes a eliminar una supuesta redundancia innecesaria; principalmente porque la extrapolación metodológica y teórica en la

que se sustentan las reducciones vuelve inobservables aquellos fenómenos que son propios de los objetos y las relaciones eliminadas, restringiendo lo real a los límites impuestos por la perspectiva teórica asumida. Esto no significa que deba abandonarse la búsqueda de coherencia intra e interteórica bajo el pretexto de una inconmensurabilidad que hace de cada teoría un feudo. Los esfuerzos intelectuales destinados a buscar compatibilidades entre hipótesis diferentes permiten evitar la caída en la reducción, al mismo tiempo que fortalecen la especificidad de las teorías. El análisis metateórico redefine, de este modo, los contornos de cada una de las teorías en un proceso simétrico de diferenciación e integración conceptual.

La antinomia naturaleza-cultura representa una tensión recurrente que, en diferentes momentos del pensamiento científico contemporáneo, adoptó múltiples denominaciones y ha sido el eje de innumerables reduccionismos. La definición de lo

específicamente humano puede hacerse acentuando alguno de estos dos polos en tensión, o el borde en el que se conectan. Es así que se ha identificado, por ejemplo, al homo loquax, sapiens o faber, como el paradigma de la ruptura con la naturaleza y de la emergencia de un nuevo orden inaugurado por el Hombre. En sentido estricto, estas identificaciones han intentado encontrar el rasgo específicamente humano, la novedad inhallable en la naturaleza física y biológica. Y si bien no hay acuerdo sobre la existencia de una única dimensión fundamental y distintiva, sí es frecuente el consenso acerca de la especificidad humana dada por un conjunto de características diversas: el lenguaje, el desarrollo de la inteligencia o la capacidad de trabajo, entre otras. El acento puede recaer en una u otra capacidad, aunque las piezas de estos enroques parecen estar establecidas.

Algunos de los intentos de superación de estas dicotomías clásicas han consistido en reconocer

[1] Instituto de Investigaciones en Psicología – Research Institute in Psychology

la interdependencia dialéctica de los términos opuestos. Tal vez, en los próximos años, los desarrollos de la neurología y la psicología posibiliten una teorización de interfase que evite los reduccionismos o paralelismos habituales. En este camino de complejización ya transitaron notables exponentes del pensamiento contemporáneo. La prohibición del incesto levi Straussiana o el constructivismo piagetiano redefinieron la escisión entre naturaleza y cultura o entre sujeto y objeto de conocimiento, mostrando la relación necesaria entre planos que no pueden escindirse.

A estas propuestas teóricas subyacen las preguntas por la especificidad del objeto: ¿qué es lo propiamente humano y qué no es humano?; ¿qué nos diferencia de otras especies?; ¿qué es el Hombre?; ¿qué es una naturaleza no humana?

Curiosamente, en esta búsqueda de especificidad y definición, no se ha reconocido suficientemente a la muerte como un punto de pasaje de un orden a otro, como la zona de interfase entre la naturaleza y la cultura (Morin, 1970). Más precisamente,

el tratamiento que los hombres hacen de la muerte parece ser tan característico de lo humano como el lenguaje y el uso de las herramientas materiales y simbólicas. Rituales, ceremonias y creencias son parte del entramado simbólico que humaniza un fenómeno que es, simultáneamente, natural y cultural. No todos los grupos humanos desarrollaron un lenguaje escrito; no parece, igualmente, ser propiedad exclusiva del Hombre la representación o el uso de signos; la inteligencia, entendida como resolución no instintiva de problemas, tampoco es infrecuente entre algunos animales. Sin embargo, no se conoce otra especie que dé cuenta de una creencia en alguna existencia post mortem. La muerte es un fenómeno observable para todas las culturas de todas las épocas. No hay grupo humano que no haya tematizado en religiones, mitos, leyendas o teorías explicativas, el fenómeno de la muerte. La identidad, por ejemplo, una categoría que intuitivamente podría considerarse transcultural y estable a lo largo de la vida de un individuo, ha sido discutida por los estudios antropológicos que nos enseñaron la existencia de

culturas en las que la percepción de la mismidad puede transformarse en todas sus dimensiones, varias veces en el curso de una vida. Así, la muerte, mucho más que la percepción de la propia existencia, parece ser un observable transcultural que adquiere la universalidad que caracteriza los hechos de la naturaleza y la relatividad propia de los hechos de la cultura. Asumir su universalidad y al mismo tiempo su particularidad nos conduce a la paradoja que la caracteriza en tanto objeto de conocimiento (Tau & Lenzi, 2009).

Evidentemente es posible considerar muchas aristas relacionadas con la muerte y su tramitación psíquica y social. La antropología, por ejemplo, ha contribuido a develar el modo particular en que la cultura organiza sus significados en torno a prácticas y creencias, e incluso cómo han variado históricamente estas significaciones que rodean el fenómeno de la muerte (Ariès, 1975, 1983; Morin, 1970; Thomas, 1983). La clásica tipología que sobre los idearios de la muerte realiza Ariès (1975), muestra cómo a partir del estudio de algunos rituales, cosmovisiones e instituciones

occidentales, se pueden reconocer las representaciones sociales en las que se fundan (Ceriani Cernadas, 2001). Desde la “muerte domesticada” de la Edad Media, signada por una familiaridad de la experiencia cotidiana con los moribundos, hasta la actual “muerte prohibida”, en que la soledad de la privatización, la medicalización y la clandestinidad de la muerte son el efecto de una discreción moderna empeñada en reducir los duelos y lutos, se han descrito diferentes prácticas y representaciones institucionalizadas de ella. Por otra parte, la psicología y el psicoanálisis en particular se han ocupado extendidamente de los procesos psíquicos implicados en el duelo normal y patológico ante la pérdida, así como de las constelaciones afectivas que se organizan en torno a la consciencia de la finitud de la vida (algunas obras clásicas destacables son las de Aulagnier, 1976; Freud, 1920, 1923; Klein, 1932, entre muchas otras). En la línea de los “cuidados paliativos” también se ha perfilado un grupo de investigaciones clínicas –eclécticas, por cierto– tendientes a indagar y tratar las reacciones de los pacientes ante las

enfermedades terminales, la muerte de familiares o personas cercanas (ver, por ejemplo: Biank & Werner-Lin, 2011; Black & Urbanowicz, 1987; Cohen, Mannarino, & Deblinger, 2006; Higgins, 1999; Kübler-Ross, 1975, 1985; Markusen & Fulton, 1971; Pettle, 1998; Rodrigues de Lima & Kovács, 2011; Willis, 2001). Tenemos, así, desarrollos teóricos para los que la muerte es el núcleo de prácticas sociales, de fenómenos afectivos o psicopatológicos. Ahora bien, ¿qué sabemos de la muerte en tanto objeto de conocimiento? ¿Qué piensan los sujetos sobre la muerte? ¿El origen de las ideas individuales sobre el fin, es social? ¿Es posible estudiar las ideas subjetivas sobre la muerte sin confundirlas con las manifestaciones culturales? Una respuesta posible consiste en apelar a las prácticas cultural e históricamente instituidas, para reconocer allí un conjunto de pensamientos y creencias sobre la muerte. Pero en ese caso no estaríamos haciendo una psicología de la muerte, sino una antropología o una historia de la muerte –lo que también puede señalarse para cualquier objeto de conocimiento: si bien hay

una dimensión histórico-antropológica en la que se le reconoce un valor y una significación social contextual, persiste el problema acerca de los mecanismos y procesos psíquicos que explican la aparición subjetiva de determinadas creencias, pensamientos o sistemas de ideas–. Si aceptamos que el fenómeno de la muerte configura un objeto de conocimiento social por antonomasia –ya que participa de todas las propiedades de estos objetos y es al mismo tiempo ineludible para cualquier grupo humano–, es esperable que la psicología se haya ocupado de las ideas, creencias y representaciones sobre la muerte. ¿Qué sabemos sobre el conocimiento espontáneo que los sujetos construyen sobre el fin de la vida? ¿Cuándo aparece el conocimiento sobre la muerte? ¿Se desarrolla gradualmente la noción de muerte, hasta alcanzar algún nivel adulto estable? ¿Qué piensan los niños sobre la muerte? ¿Desde cuándo? ¿De qué manera participan las representaciones sociales del grupo de pertenencia en el conocimiento que los sujetos tienen sobre este objeto?

A pesar del lugar central que la muerte tiene entre los hechos humanos, comparativamente es muy poco lo que se ha investigado acerca de lo que los sujetos conocen, imaginan o piensan sobre esta temática, y de las transformaciones que estos conocimientos muestran a lo largo del desarrollo. Por esta razón es que quisiéramos, en esta editorial, señalar esta notable vacancia de la psicología del desarrollo cognitivo y, al mismo tiempo, comunicar la línea de investigación que venimos desarrollando, orientada por algunas de las preguntas mencionadas en el párrafo anterior<sup>(1)</sup>.

Es difícil indicar un comienzo absoluto para una tradición de investigaciones sobre un tema porque las preguntas que la orientan, como los vástagos de una planta, no podrían nacer sino de unas ramificaciones preexistentes. Con cierto grado de injusticia, entonces, es posible reconocer un hito fundacional en los estudios sobre el desarrollo de la comprensión de la muerte. La publicación Schilder y Wechsler, "The attitudes of children toward death" (1934), presentó una de las investigaciones en la que se exploraron

sistemáticamente, por primera vez en el campo de la psicología, las ideas infantiles acerca de la muerte, en niños de 5 a 15 años. Mucho más que las respuestas que en ese trabajo se esbozaron, nos interesa el enfoque metodológico adoptado. Una de las estrategias de exploración utilizadas consistió en una entrevista individual en la que se le pidió a cada niño que mirara a una muñeca de porcelana sentada. El entrevistador empujaba a la muñeca con su dedo, provocando una caída sobre una mesa, más o menos estruendosa. Luego se volvía a enderezar a la muñeca y se repetía la caída, sin decir una sola palabra. Con estas repeticiones se esperaba que los niños expresaran "la golpeaste", "la has matado", "está muerta", o frases similares. Si esto no ocurría, se le preguntaba explícitamente "¿qué ha sucedido?", esperando así aproximarse a las ideas infantiles espontáneas sobre la muerte y su relación con un acontecimiento violento. La originalidad de este diseño radica en la posibilidad de interrogar a un niño sin recurrir a las preguntas de los cuestionarios o a las consignas de los tests utilizados con los adultos.

Sin duda es posible formular muchas críticas a esta elección metodológica, pero no resulta sencillo proponer alternativas para explorar rigurosamente las ideas que los niños tienen sobre la muerte. En este campo, a la dificultad usual de toda investigación en psicología infantil, se agrega la que es propia de un tema que es fuente de angustia, inhibiciones y velos sociales.

En esta línea, autores como Anthony (1939, 1940), enfatizaron la dimensión evolutiva de la noción de muerte, mostrando diferencias entre los grupos etarios de niños entrevistados, diferencias que iban desde la incomprensión de la palabra "muerte" hasta el conocimiento caracterizado por una definición biológicamente precisa. La búsqueda de niveles fue reconfirmada por investigaciones como la de Nagy (1948), quien analizó narrativas orales y escritas de 378 niños de 3 a 10 años de Budapest. Las conclusiones más relevantes de este estudio fueron que "[...] el niño con menos de cinco años de edad usualmente no reconoce a la muerte como un hecho irreversible; en la muerte ve vida [...] entre los cinco y los nueve años

(1) Investigación doctoral sobre El desarrollo de la comprensión infantil de la muerte. Financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y desarrollada en el Instituto de Investigaciones en Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, periodo 2009-2014. Doctorando: Ramiro Tau; dirección: Alicia M. Lenzi; codirección: José Antonio Castorina.

de edad, la muerte es frecuentemente personificada”, y, por otra lado, “sólo a partir de la edad de 9 años comienza a ver a la muerte como un proceso que nos sucede en acuerdo con ciertas leyes” (Nagy, 1948, pp. 80-81. Traducción nuestra). El desarrollo constatado por Nagy introdujo dos observaciones centrales que orientaron las indagaciones futuras: el tránsito de la creencia en la reversibilidad hacia la irreversibilidad de la muerte y la personificación animista con la que suele ser caracterizada por los más pequeños. Este último aspecto observado –la personificación de la muerte– es una llave para resolver un problema usualmente desatendido: la relación entre la cognición y las representaciones sociales del grupo de pertenencia. En efecto, contra todas las previsiones, los estudios inspirados en la investigación de Nagy realizados fuera de Hungría no encontraron la personificación regular de la muerte que mostraron los niños de Budapest. Y la hipótesis más plausible para explicar esta discrepancia parece ser la que relaciona las ideas infantiles sobre la muerte con las representaciones sociales contenidas en las leyendas y tradiciones del folclore Húngaro, en

las que son frecuentes las imágenes antropomórficas de la muerte (Kastenbaum, 2000).

Mucho más recientemente, una nueva orientación mostró que la comprensión de la muerte consiste en una apropiación gradual de subnociones que están integradas en la idea adulta de muerte (Bolduc, 1972; Childers & Wimmer, 1971; Elkind, 1977; Kane, 1979; Smilansky, 1987; entre otros). En este sentido, la muerte es una noción compleja en la que están implicadas otras subnociones, como las de universalidad –todos los seres vivos se mueren–, causalidad –la muerte siempre es producida por una causa de la que es efecto– o irreversibilidad –no es posible volver a vivir una vez que se ha muerto–. La adquisición progresiva y secuenciada de tales componentes nocionales durante la infancia permite definir niveles del desarrollo, en los que se van integrando estas subnociones hasta alcanzar una perspectiva “adulta” sobre la muerte.

Muchas de estas investigaciones mencionadas han sido objetadas, porque las repeticiones de los procedimientos en otros contextos condujeron a resultados divergentes. Es indudable que las

representaciones sociales del contexto intervienen en la forma en la que se concibe a la muerte –el estudio de los niños aquincenses abona esta hipótesis–. Así, resulta esperable una variación de los sistemas de ideas sobre la muerte en función de la cultura a la que pertenecen los sujetos. Pero ciertamente hay otro problema, de tipo metodológico, que está en el origen de la contradicción entre los resultados. El instrumento para obtener los datos modifica lo que se vuelve observable para un investigador y los hallazgos son, en última instancia, producto de los presupuestos teóricos asumidos –sean estos implícitos o explícitos–. Dicho brevemente, es posible afirmar que las diferentes investigaciones se han ocupado de explorar conocimientos subjetivos de muy distinto tipo. Bajo la pregunta genérica acerca de lo qué un sujeto piensa o cree sobre la muerte pueden convivir interrogantes heterogéneos. ¿Es posible, entonces, investigar las ideas sobre la muerte? ¿O estamos ante un objeto vaporoso que se confunde con prácticas sociales, conocimientos e ideologías?

En nuestra investigación supusimos que existen sistemas de ideas sobre la muerte y que

estas caracterizan un conocimiento que aparece tempranamente en el desarrollo de un sujeto. Los niños de 4 o 5 años frecuentemente utilizan alguna noción de muerte en juegos y narrativas. Por ello, creímos posible explorar estas nociones y las posibles transformaciones observables en grupos de niños mayores. Un punto nodal de la investigación consistió en indagar si la noción de muerte se desarrolla de manera análoga a otras nociones o conceptos cotidianos, es decir, si obedece a los mismos mecanismos de transformación y si se da en etapas de complejidad creciente. Igualmente, nos preguntamos qué relación existe entre lo que los sujetos conciben y las ideas y prácticas del grupo de pertenencia. Una forma de poder pesquisar estas influencias socio-culturales consiste en dividir la muestra en grupos diferentes desde el punto de vista de sus creencias, a fin de analizar las diferencias entre ambos. Pero subsiste todavía el problema metodológico referido al acceso al punto de vista infantil, a lo que piensa un niño sobre la muerte. La solución no puede consistir en un interrogatorio directo sobre la muerte. No

sólo porque esto sería inconducente para una entrevista, sino porque, en la infancia, el desarrollo del lenguaje y de ciertas relaciones lógicas no es equivalente a las del adulto. Para nuestro estudio nos vimos obligados a diseñar un instrumento de exploración que pudiera ser sistemático, sin alejarse del punto de vista original de cada sujeto, y al mismo tiempo dirigido hacia los focos temáticos a ser explorados. Inspirados en el método clínico piagetiano, pusimos a prueba diferentes diseños de entrevistas que nos permitieran preguntar por la muerte sin introducir nosotros mismos el tema como un contenido impuesto. El desafío consistió en encontrar una estrategia para que el mismo niño introdujera el tema en la entrevista –espontáneamente desde su perspectiva, aunque guiado por nuestras intervenciones– así como sus consideraciones sobre el fin de la vida. Es así que comenzamos ofreciéndoles a sujetos de 4 a 11 años de edad dos hojas de un árbol, una verde y otra seca, para preguntarles por las semejanzas y diferencias. Al enunciar las diferencias, los más grandes no tardaban en apelar a la oposición

viva-muerta a la que pretendíamos llegar, mientras que los más chicos se detenían en la descripción táctil y visual de las hojas comparadas. Luego de varias modificaciones, encontramos una vía de acceso al tema igualmente productiva y amortiguada, para todas las edades. Comenzamos promoviendo una conversación sobre sus mascotas o sobre algunas mascotas por ellos conocidas, para luego preguntarles qué ha sucedido con las que ya no tienen o si las que actualmente tienen o conocen estarán siempre con ellos. Las mascotas son suficientemente próximas a los seres humanos como para soportar la personificación con casi todas las funciones del hombre, y suficientemente distantes como para evitar alguna forma de identificación inhibitoria. Siguiendo la dialéctica propia del método clínico-crítico, definimos una entrevista con la cual explorar a niños de 5 a 10 años, divididos en dos grupos: miembros de familias religiosas –mayoritariamente católicos– y de familias agnósticas o ateas.

En este punto, y sin entrar en los detalles procedimentales de la investigación, quisiéramos

detenernos para señalar algo relativo al punto desde el cual partimos. Los datos obtenidos parecen reenviarnos, una vez más, a la tensión entre las viejas dicotomías de la historia de la psicología. Las ideas sobre la muerte de cada niño tienen un grado de originalidad que las hacen únicas. Simultáneamente, dan cuenta de creencias que son fuertemente ideológicas y que forman parte de las representaciones sociales del grupo. En esta intersección encontramos la originalidad y la reproducción que hacen de la muerte un objeto de conocimiento complejo (Lenzi & Tau, 2011).

A modo de ejemplo, podemos recurrir a una de las ideas infantiles más extendida y recurrente en nuestra muestra y al mismo tiempo más variable en cada caso. Nos referimos a lo que podríamos denominar persistencia de la vida post mortem. Denominamos de esta manera a todas las conceptualizaciones de la muerte en términos de permanencia de algún tipo de actividad, de una “nueva vida”, o de la suspensión parcial de las manifestaciones vitales, por oposición a una detención o eliminación absoluta de las acciones

de las personas muertas. Los niños de las familias religiosas suelen argumentar, de manera más o menos sofisticada, que los muertos siguen existiendo en el cielo, en el infierno o en algún otro sitio. A diferencia de lo que habíamos previsto, los niños de familias agnósticas o ateas también creen, mayoritariamente, en una existencia post mortem, generalmente desplazada del lugar de la vida cotidiana. Una primera mirada de los datos nos llevaría a creer que no hay diferencias entre los niños de los grupos familiares distinguidos. Sin embargo, la argumentación en uno y otro grupo es diferente. Mientras que unos encuentran la evidencia de esta persistencia de la existencia en las creencias religiosas de su grupo familiar –el cielo, el infierno, las almas–, los otros también apelan a las representaciones disponibles en su grupo, entre las que encontramos aquellas que explican la conservación de la energía o las interacciones ecológicas entre seres vivos –digestión de microorganismos, transformación en nuevas formas de vida, etc.–.

La noción de muerte se nos presenta como un objeto de conocimiento en el que participan aspectos ideológicos y conceptuales. Por ello, creemos que su estudio debería considerar los procesos psicológicos implicados, aunque en el campo de las interacciones sociales. Explicar de qué manera participan las representaciones sociales en la producción de conocimientos individuales es un desafío a las tradiciones de investigación fundadas en la dicotomía de los procesos “internos” y “externos”, y el estudio de la comprensión de la muerte nos confronta con estos problemas teóricos y metateóricos (ver al respecto Castorina, Barreiro & Clemente, 2005; Castorina, 2007). Las investigaciones futuras nos permitirán decir, con mayor precisión, si esta intersección entre la cognición y las representaciones sociales es el origen de un nuevo campo de estudios, con sus principios y conceptos específicos, o sólo se trata de la redefinición y extensión de un programa de investigación de la psicología del desarrollo.



### Referencias.

- Anthony, S. (1939). A study of the development of the concept of death. *British Journal of Educational Psychology*, 9, 276-277.
- Anthony, S. (1940). *The child's discovery of death*. New York: Harcourt, Brace.
- Ariès, P. (1975). *Essais sur l'Histoire de la Mort en Occident du Moyen Age á nos Jours*. París: Seuil.
- Ariès, P. (1983). *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus.
- Aulagnier, P. (1976). Observaciones acerca del masoquismo primario. En J. Laplanche (Comp.), *Interpretación freudiana y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Biank, N. M., & Werner-Linn, A. (2011). Growing up with grief: revisiting the death of a parent over the life course. *Omega. Journal of Death and Dying*, 63(3), 271-290.
- Black, D., & Urbanowicz, M. A. (1987). Family intervention with bereaved children. *Association for child psychology and psychiatry review & newsletter*, 28, 467-476.
- Bolduc, J. (1972). *A developmental study of the relationship between experiences of death and age and development of the concept of death*. Doctoral Dissertation, Columbia University, Ann Arbor, Michigan.
- Castorina, J. A. (2007). *Cultura y conocimientos sociales. Desafíos a la psicología del desarrollo*. Buenos Aires: Aique.
- Castorina, J. A., Barreiro, A., & Clemente, F. (2005). El conocimiento de los niños sobre la sociedad según el constructivismo y la teoría de las representaciones sociales. En J. A. Castorina (Coord.), *Construcción conceptual y representaciones sociales. El conocimiento de la sociedad* (pp. 177-204). Buenos Aires- Madrid: Miño y Dávila.

- Ceriani Cernadas, C. (2001). Notas histórico-antropológicas sobre las representaciones de la muerte. *Archivos Argentinos de Pediatría*, 99 (4), 328-336.
- Childers, W., & Wimmer, M. (1971). The concept of death in children. *Child Development*, 42, 1299-1301.
- Cohen, J. A., Mannarino, A. P., & Deblinger, E. (2006). *Treating trauma and traumatic grief in children and adolescents*. New York: The Guilford Press.
- Elkind, D. (1977). Life and Death. Concepts and feelings of children. En D. Elkind, *The child and society*. Nueva York: Oxford University Press.
- Freud, S. (1920/1992). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas* (vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923/2008). El yo y el ello. En *Obras completas: El yo y el ello y otras obras: 1923-1925* (vol. XIX, pp. 13-66). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Higgins, S. (1999). Death education in the primary school. *International Journal of Children's Spirituality*, 4(1), 77-90.
- Kane, B. (1979). Children's concepts of death. *The Journal of Genetic Psychology*, 134, 141-153.
- Kastenbaum, R. (2000). *The psychology of death*. New York: Springer Publishing Company.
- Klein, M. (1932/1964). *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Hormé.
- Kübler-Ross, E. (1975). *Sobre la muerte y los moribundos*. Barcelona: Grijalbo.
- Kübler-Ross, E. (1985). *Los niños y la muerte*. Barcelona: Luciérnaga.
- Lenzi, A. M., & Tau, R. (2011). La comprensión de la muerte en los niños. Una mirada desde lo real, lo posible y lo necesario. *Revista de Psicología, Segunda época*, 12, 145-164.
- Markusen, E., & Fulton, R. (1971). Childhood bereavement and behaviour disorders: a critical review. *Omega. Journal of Death and Dying*, 2, 107-117.

- Morin, E. (1970/2007). *El Hombre y la Muerte*. Barcelona: Kairós.
- Nagy, M. H. (1948). The child's view of death. In H. Feifel (1965). *The meaning of death*, pp. 79-98, New York: McGraw-Hill Paperbacks. [Publicado originalmente como artículo de revista y con un título diferente: Nagy, M. H. (1948). The child's theories concerning death. *Journal of Genetic Psychology*, 3-27.].
- Pettle, S. (1998). Thinking about the future when death is inevitable: consultations in terminal care. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 3(1), 131-139.
- Rodrigues de Lima, V., & Kovács, M. J. (2011). Morte na família: um estudo exploratório acerca da comunicação a criança. *Psicologia: ciência e profissão*, 31(2), 390-405.
- Schilder, P., & Wechsler, D. (1934). The attitude of children towards death. *Journal of Genetic Psychology*, 45, 406-451.
- Smilansky, S. (1987). *On death: Helping children understand and cope*. New York: Peter Land.
- Tau, R., & Lenzi, A. M. (2009). La muerte: un objeto de conocimiento social. En *Memorias del II Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata*. [ISBN 978-950-34-0588-8].
- Thomas, L. (1983). *Antropología de la muerte*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Willis, C. A. (2001). The grieving process in children: strategies for understanding, educating, and reconciling children's perceptions of death. *Early childhood education journal*, Vol. 29, No. 4, 221-226.